

# EN RECUERDO DE JULIO ALEJANDRO

Manuel GRACIA RIVAS  
del Centro de Estudios Borjanos



L 23 de septiembre de 1995 falleció en Jávea, donde solía pasar largas temporadas, Julio Alejandro de Castro Cardús, más conocido por el «Julio Alejandro», con el que solía firmar, y por el hecho de haber sido el guionista de las películas más importantes del gran cineasta aragonés Luis Buñuel.

Pero Julio Alejandro, además de escritor, fue oficial de la Armada, y su biografía constituye una increíble sucesión de aventuras que tuvieron como escenario los más insólitos lugares.

Sin embargo, sus primeros años se desarrollaron en los mismos lugares en los que transcurrió mi infancia y en ellos quiso que reposaran sus cenizas. Por este motivo quiero rendir homenaje a la memoria de este oficial del Cuerpo General de la Armada al que las circunstancias de la vida condujeron por derroteros muy diferentes de los que inicialmente había soñado.

Julio Alejandro había nacido en Huesca en 1906. Era hijo de un abogado, natural de la ciudad de Borja, y de una joven zaragozana. Su vínculo con el Campo de Borja era muy importante y todos los años se trasladaba desde Huesca a Bulbente, en donde pasaba las vacaciones de verano. Aquellos meses de libertad, en contacto con la naturaleza, frente a las cumbres del Moncayo, que preside este hermoso valle, fueron recordados siempre con cariño por Julio Alejandro, que muy pronto fue enviado a Madrid para cursar los estudios de bachillerato.

Allí residía el ilustre científico Honorato Castro Bonel, astrónomo del Observatorio Central y, desde 1920, catedrático de Cosmografía y Física del Globo en la Universidad Central, en la que más tarde ocupó la cátedra de Astronomía Esférica y Geodesia.

Honorato Castro, al igual que otros miembros de su familia, fue un hombre de fuertes convicciones republicanas, participando en la fundación del partido Acción Republicana, siendo elegido diputado a las Cortes Constituyentes en



Julio Alejandro de Castro.

1931 por la circunscripción de Zaragoza-Provincia, por la que fue elegido en febrero de 1936. Durante aquellos años desempeñó otros puestos relevantes, entre ellos el de presidente del Patronato del Museo Naval de Madrid, cargo del que dimitió el 28 de abril de 1933.

Pero, al margen de este detalle anecdótico, no existía en su familia ninguna relación que justificara el deseo manifestado por el joven Julio Alejandro de ingresar en la Armada. Su decisión sorprendió a todos, ya que su afición a las letras y su propio carácter no parecían responder a las características de un oficial del Cuerpo General de la Armada en el que, junto a la formación humanística, prima una sólida preparación científica y otras condiciones imprescindibles

en quienes tienen que mandar hombres y, sobre todo, hacer frente a las duras condiciones que impone la larga permanencia en la mar.

A pesar de ello, Julio Alejandro pudo ingresar en la Escuela Naval de San Fernando, en 1922, como aspirante al Cuerpo General, e incluso recibir su bautismo de fuego siendo guardia marina, con motivo del desembarco de Alhucemas.

Ya de alférez de fragata viajó a bordo del crucero *Blas de Lezo*, que fue enviado a China, en 1927, para proteger los intereses españoles en aquel país, sumido en una guerra civil. Este viaje tuvo una enorme influencia en su vida, pues no sólo reorientó su vocación, sino que las experiencias vividas le impulsaron, años después, a seguir la llamada de ese Lejano Oriente que había comenzado a sentir a bordo del *Blas de Lezo*.

El crucero, al mando del capitán de navío Gonzalo de la Puerta y Díaz, zarpó de Ferrol el 1 de febrero de 1927, llegando al Yang Tsé-Kiang un mes después. Allí, su sección de desembarco se integró en la fuerza combinada que, al mando del mayor general Jhon Duncan, defendía Shangai, hasta que se le ordenó regresar a la península.

En el viaje de retorno tocaron Yokohama, Manila, Singapur y Colombo, dejando en todas partes testimonios del excelente comportamiento de su dotación. Pero si en todas partes fueron bien acogidos, el recibimiento de Manila fue apoteósico, por ser el primer buque de guerra español que llegaba a las Filipinas tras el desastre de 1898.



Aquel largo viaje y las circunstancias que le rodearon afectaron profundamente al joven oficial que, tras recibir el despacho de alférez de navío, decidió pedir la excedencia para regresar a Madrid y cursar los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Central.

Era lógico que aquel hombre de letras terminara decantándose por una carrera de Humanidades, poniendo fin, por el momento, a su vinculación con la Armada, a la que, probablemente, había llegado impulsado por esa fascinación que la mar ejerce siempre y por el deseo de dar rienda suelta a ese afán de aventuras que, a veces, entraba en colisión con los aspectos más rutinarios de la vida a bordo, de la que pretendía evadirse a través de los libros que llevaba consigo y que, según sus propias confesiones, compraba duplicados para poder arrancar las hojas que luego leería, a escondidas, durante sus guardias de oficial subalterno.

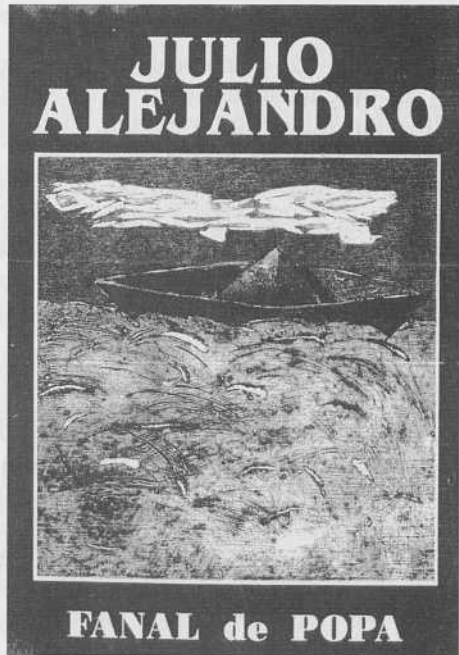
En Madrid fue alumno de Ortega y Gasset, Zubiri, Américo Castro y de Fernández Montesinos, que fue quien ejerció en él una mayor influencia. Entre sus compañeros se encontraban hombres de la talla de García Lorca, Dámaso Alonso, los hermanos Rosales, los Paneros y muchos otros de aquella generación.

Durante sus años universitarios cultivó la escritura, y en 1932 publicó su primer libro, *La voz apasionada*, que fue una recopilación de su obra poética, avalada por un prólogo de Antonio Machado, amigo de su padre.

Curiosamente, al terminar su carrera decidió volver al servicio activo en la Armada. Las influencias políticas de su familia fueron determinantes para que lograra un cómodo destino en la capital de España como ayudante del ministro de Marina Giral.

Desempeñó también este mismo puesto con Indalecio Prieto, que fue quien le salvó la vida en los primeros momentos de la Guerra Civil. Los antecedentes republicanos de Julio Alejandro no fueron suficientes para que su nombre apereciera entre los oficiales sospechosos que iban a ser detenidos, por lo que el ministro no vaciló en facilitarle su propio coche, que le condujo hasta un avión en el que huyó a Francia.

Allí intentó rehacer su vida al



# SINGLADURA

JULIO ALEJANDRO DE CASTRO

PROLOGO DE ANTONIO MACHADO

INTRODUCCION DE AGUSTIN SANCHEZ VIDAL



ZARAGOZA 1987

frente de una cátedra de la Universidad Internacional de Bagnères de Bigorre, pero tras un corto periodo marchó a Lisboa, en donde embarcó, con destino a Manila, a bordo del último barco japonés que atravesó el canal de Suez antes de su clausura.

Las razones que le impulsaron a viajar hasta allí probablemente guardaban relación con su anterior estancia en la ciudad y con esa fascinación por la aventura a la que he hecho referencia. En esta ocasión, Manila fue el escenario de las sorprendentes peripecias que protagonizó y que se iniciaron cuando, tras un espectacular giro en su trayectoria vital, decidió ingresar como religioso en un convento de franciscanos. Su vocación no se consolidó, y algunos meses después abandonó el claustro para intentar

ganarse la vida como profesor en la Universidad de Santo Tomás.

El desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial le colocó en una situación muy comprometida. Detenido por las fuerzas japonesas de ocupación, rechazó las invitaciones que le formularon para colaborar con ellas, a través de unas emisiones de radio en español. Intentó esconderse, pero fue capturado y sometido a un duro cautiverio en el que no faltaron torturas tan refinadas como un simulacro de fusilamiento.

Es indudable que la situación personal de Julio Alejandro era bastante peculiar en aquellos momentos. Aunque había salido de España huyendo de las represalias de los republicanos, no se había incorporado a la zona nacional ni, probablemente, había establecido contactos con sus autoridades, y ahora se enfrentaba a los japoneses.

A pesar de ello, el cónsul general de España intervino a su favor, tan pronto como tuvo conocimiento de su situación, logrando rescatarlo de las autoridades de ocupación. El alivio fue momentáneo, ya que, poco después, se le desencadenó un cuadro de apendicitis aguda, que hizo necesaria una intervención de urgencia, sin anestesia, en una ciudad como Manila que ya estaba siendo bombardeada por los americanos. En una de estas incursiones fue alcanzado el hospital en el que estaba ingresado, muriendo el personal sanitario que le atendía.





La falta de cuidados le provocó una peritonitis que le condujo al borde de la muerte. La situación se complicó todavía más al ser nuevamente detenido, en tan terribles circunstancias, por los japoneses. Solamente su fortaleza psíquica y la ayuda inesperada de unos amigos le permitieron escapar y alcanzar las filas americanas, en donde pudo salvarse gracias a la administración de las primeras dosis de penicilina, un antibiótico del que ya disponían los servicios sanitarios de la Marina norteamericana.

Tras recuperarse un poco fue evacuado a San Diego, y en muy malas condiciones recorrió California, México, Chile y Argentina. Cuando volvió a España, en la década de los años 40, era un hombre envejecido y destrozado, que pesaba 40 kilos.

Logró sobrevivir, iniciando una carrera de éxito como escritor y autor dramático. Con Tamayo estrenó su obra *El pozo*. En 1948, fue representada su obra *La familia Kasbin*, y al año siguiente, *El termómetro marca 40*. Uno de sus grandes éxitos fue *Barricada*, y esta actividad teatral tuvo continuación más tarde en Cuba y México, en donde se estrenaron *La luna en el teléfono* y *La casa sin música*, respectivamente.

Sin embargo, cuando su carrera parecía consolidarse decidió dar un paso importante y marchar a México, de donde había recibido una invitación para escribir guiones cinematográficos. En ello influyeron algunas críticas que infravaloraban su trabajo y las habituales rencillas y envidias propias de estos ambientes artísticos.

A México llegó para una estancia de algunos meses y permaneció desde 1950 hasta 1987, interviniendo como guionista en más de cien películas. Muy

poco después de su llegada, Luis Buñuel le pidió que colaborara con él en un remake de *Cumbres borrascosas*, que se llamó *Abismos de pasión*. Luego vinieron las grandes películas de Buñuel, *Nazarín*, *Viridiana*, *Simón del desierto* y *Tristana*.

Tras regresar a España se estableció en Madrid, en donde escribió *Breviario de los chilindrones*, un libro autobiográfico al que siguieron otros de poesía, *Singladura* (1987), y la novela *La llama fría* (1989). Otras obras de aquellos años fueron *Fanal de popa* y la adaptación de la obra de Unamuno *San Manuel Bueno, mártir*.

La nostalgia de la mar le llevó a las costas del Mediterráneo, estableciendo su residencia en Jávea, en donde llegó a escribir algún guión antes de su fallecimiento en 1995.

Cumpliendo sus deseos, una parte de sus cenizas fueron depositadas en Bulbunte, la localidad en la que había transcurrido una parte de su infancia, y el resto fue llevado al monasterio de Veruela, a los pies del Moncayo, en uno de los más bellos parajes de nuestra geografía, en donde permanece vivo el recuerdo de este singular marino y hombre de letras de apasionante biografía.



#### BIBLIOGRAFÍA

- ALEGRE SAZ, Luis: *Gran Enciclopedia Aragonesa*. 1997. Apéndice III, pág. 86.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Rafael: *El crucero Blas de Lezo*. REVISTA GENERAL DE MARINA, 1981/10 (201), págs. 293-303.
- HERNÁNDEZ RUIZ, Javier, y PÉREZ RUBIO, Pablo: *Diccionario de aragoneses en el cine y el vídeo (1896-1994)*, págs. 68-71.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín: *Gran Enciclopedia Aragonesa*. Apéndice II, pág. 82.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín: *Una vida de cine. Homenaje a Julio Alejandro*. Texto escrito para formar parte de las presentaciones de *Fanal de popa* editada con motivo de su homenaje, que fue publicado en un tríptico con el patrocinio de muchas instituciones aragonesas.